

---

—Esto—dijo Pepe—sería sencillamente ridículo si anduviésemos sobrados de dinero: teniendo tan poco, me parece falta de juicio; pero allá él.

--Nó, hijo, nó; ¡si lo ha pagado tu madre! veintiocho realazos. . . ¡y luego vociferan que el agua de Vichy es farsa moderna y que la hidroterapia sale cara!



## XXI

Las gentes á cuyos manejos obedeció el viaje de Tirso á Madrid, le mandaron que esperase órdenes en la corte, y él entónces pensó en utilizar algunas de las amistades que, á la sombra de su misión, contrajo con gente de sotana, logrando entrar en una iglesia, donde, á título de suplente, ganaba algo, aunque poco. Un obispo y un ecónomo fueron los protectores, merced á cuyo valimiento pudo actuar en una parroquia, no sin que algunos capellanes se disgustaran, temerosos de que, á la larga, les quitara el pan: otros, en cambio, por simpatía, ó conedores de lo mucho que podía quien le recomendaba, hicieron buenas migas con él, y uno de éstos, viejo achacoso, que tenía fama de avaro, le cedía frecuente

mente su puesto en ocasiones lucrativas. Malas lenguas murmuraban que lo hacía reservándose la mitad de la remuneración, á pesar de lo cual, de cada entierro *de primera* le quedaban á Tirso veinte reales y treinta de cada novena. Además, servía de festero en ciertas solemnidades, y no le olvidaba el ecónomo cuando había que repartir algunas misas. Pero lo que él ambicionaba era tener sermones, que uno con otro le salían lo menos á dos ó tres duros, suponiendo que fuera cierta la calumnia antes apuntada. El primer sermón que pronunció hizo poco efecto á sus nuevos compañeros; todos dijeron que olía á pueblo con el segundo le ocurrió lo mismo, y en vista de ello determinó estudiar los agenos para perfeccionar los propios. De allí á poco le tocó uno, y entonces desplegó toda su energía.

Había él notado que, por aquel tiempo de amenazas revolucionarias, no parecía á los devotos buen sacerdote el que no se aventuraba algo en el terreno de las alusiones políticas; y como todo era menos tímido, se lanzó á pisarlo, decidido á no resultar menos celoso defensor de la Religión. Preparóse durante varios días con libros que consideró del caso, leyó al Padre Larraga y al jesuita Roothaan,

consultó varios sermonarios de Santander, Eguileta y Pantaleón García, hizo ocopio de frases sabias, citas de los Santos Padres y hasta de figuras retóricas, escogiendo tropos, hipotíposis y aópstrofes que dieran color á sus periodos, después de lo cual fijó el tema de la oración, fundándola en aquellas palabras famosas: "Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César."

.....

Como la cofradía que pagaba la función era de gente adinerada, la iglesia estuvo brillante. En el átrio, inmediato al puesto de una florista, habían colocado el cajón de la rifa piadosa, cuyos premios eran un canario enjaulado, dos sortijeros de cristal, un castillete de cartón-piedra para juguete de niños y una Virgen metida en un fanal que parecía farol; dos viejos coloradotes y rollizos expendían las papeletas, y una mujer que allí cerca tenía una canastilla de estampas y escapularios les miraba de reojo, como mercader pobre á traficante rico. De esta mujer decían lenguas pecadoras que lo que más provecho la dejaba no era manejar los alicates con que hacía rosarios de alambre y cuentas de vidrio,

sino el servir de cobejera entre damas y galanes. Junto á la casa de Dios varios mendigos extendían las mugrientas manos, y cuando no pasaba gente se insultaban con el más desvergonzado vocabulario, que trocaban en quejumbrosos ayes si alguna señora vieja se detenía á leer los cartelillos de triduos y novenas.

El altar mayor, en que ardía un bosque de velas simétricamente colocadas en sus gradillas, semejaba pirámide de llamas temblorosas, y el talco de los floreros de mano brillaba como plata puesta al sol. Dos angelotes de talla dorada sostenían el templete donde estaba de manifiesto el Señor, ceñido por los resplandecientes rayos de la custodia, envuelto en la neblina del incienso y adorado por la muchedumbre. En lo más alto del retablo había un astro de oro, y en su centro un pichón blanco. El altar era todo claridad: la luz del mundo parecía refugiada en la Santa Mesa. Las capi las laterales, los rincones quedaban sepultados en sombra. En el medio de la nave brillaba sobre un grupo de fieles, el resplandor azulado que dejaban caer desde la altura las ventanas del cupilino, y á veces, cuando el viento movía las cortinas,

resplandecía en el aire una ráfaga luminosa, que iba á posarse en la faz apergaminada de un viejo, ó en el rostro de una mujer bonita. Unos ratos era de silencio absoluto, otros flotaba sobre la atmósfera del sagrado recinto un murmullo apagado de rezos rápidamente dichos, y de cuando en cuando se oía hacia el exterior rodar de carruajes y tañer de campanas: hubo un momento en que, al levantar los que entraban el cortinón de la puerta, se oyó la música profana de un organillo que tocaba en la calle el brándis de "La Traviata." Desde lo alto de los retablos churriguerescos, las estatuas de talla, troncos convertidos en santos por el arte, parecían mirar con lástima á la gente arrodillada, cuya apretada masa promovía ruidos en que se mezclaban el caer de las sillas, el crujir de las sedas, la plegaria de unos y el refunfuño de otros.

Ya se habia rezado el Rosario. Al comenzar la Salve rompió el órgano en formidable trompeteo, y empezaron los cantores. La voz del tiple es chillona y femenina, la del bajo ronca y apagada; el barítono cantó un solo que parecia de personaje celoso en ópera italiana. De pronto el órgano sofocó sus quejas con variadas modulaciones, ya acentos dul-

ces, ya rugidos estentóreos: unos instantes aquello era regalo del oído, otros estruendo ensordecedor, hasta que de improviso, las notas parecían quedar flotando en el aire, como aves perdidas, cuyo graznido desapacible continuaba imitando la canturía ronca de algún cura falto de aliento. Los muros estaban cubiertos con paños de damasco rojo galoneado de oro, que, como grandezas deseosas de humillarse, caían casi hasta el suelo de ladrillos polvorientos, y por bajo de la verja del presbiterio veíanse hincados de rodillas, con su cirio y escapulario, varios fieles que de rato en rato se relevaban, formando incesante guardia de honor al pie de la pirámide de llamas, en tanto que los sacerdotes, dando ejemplo de piedad, se persignaban rápidamente al pasar ante los altares. Sólo turbaban el recogimiento de los devotos el llanto de los niños cansados y las toses de los viejos asmáticos: nadie por fortuna, se fijaba en el mirar incesante de las mujeres á las hombres, ni en la postura irriligiosa de un mozuelo que, apoyado en un confesionario, devoraba con los ojos á la novia. En la puerta un presbítero, sentado ante una mesa, golpeaba con una moneda la bandeja de las ofrendas, y aquel ch. que metáli-

co, acusador del interés, sonaba mal: los muros sagrados lo devolvían en apagados ecos, cual si rechazaran la voz de la codicia humana. El olor de la cera, el aroma del incienso y la aglomeración de gentes, viciando la atmósfera, promovían inspiraciones largas, suspiros de desasosiego, movimiento de inquietud. En los bancos de alto respaldo había algunas personas dormidas. Otros fieles, haciendo abstracción de la fiesta, se postraban ante altares. En uno de ellos, cuatro gradas cubiertas de encaje sucio y un pedestal de pintura descascarillado, adornado con cabezas de angelitos, servían de trono á una Virgen de tamaño natural, envuelta en rico manto de terciopelo negro entrapado de polvo, sobre cuyo pecho brillaba un corazón de hojadelata atravesado por siete espadas de lo mismo: en cambio el rostro y la corona eran de plata. Al lado opuesto estaba Jesús, clavado al leño del martirio, hermosamente desnudo, caída la cabeza sobre el pecho, manando sangre la lanzada, rígidas las piernas, sebosas las rodillas, porque en ellas se apoyaba el monaguillo al subir para encender, y envuelta la cintura en el paño rojo con lentejuelas de oro, indigno adorno de tan venerable figura. Una vela

torcida goteaba sobre los pies de la escultura sus lágrimas de cera, y el débil resplandor verdoso de una lámpara de vidrio, medio apagada enviaba estertores de luz á la divina faz. A pesar de la profanadora faldilla, el aspecto de la imagen era imponente: el cadáver del Dios de la Caridad parecía dominar aquel conjunto ridículo de flores de trapo, candelabros sucios, estampas chilonas, tallas barrocas y pantorrillas de cera.

Al examinar el templo, se notaba que todo lo demás estaba vivo ó expresaba vida. El único muerto que había en la Iglesia era Cristo.

Llegado el momento del sermón, salió Tirso lentamente de la sacristía y, acercándose hasta el altar mayor, oró unos instantes de rodillas, sosteniendo el bonete entre las manos cruzadas sobre el pecho, que llevaba cubierto por el blanco y rizado roquete. En seguida subió al púlpito, que era como una jicara grande pegada á la pared, y después de arrodillarse nuevamente y pedir otra vez al Altísimo gracia y santidad de inspiración, empezó persignándose y recitando un Ave María.

El exordio fué breve, y luégo, sin cuidar

se mucho de reglas ni preceptos, entró de lleno á narrar, para comentarlo, el episodio en que Cristo dijo: *Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.*

Su lenguaje era siempre llano: cuando quería elevarse le faltaban palabras, y al buscar naturalidad, caía en lo vulgar y tosco. Tuvo instantes en que, olvidándose del plan trazado, las ideas acudieron en tropel á su imaginación y las palabras se agolparon á sus labios en frases exentas de unción sagrada, faltas de poesía y desnudas de belleza. Tenía prisa por llegar á mostrar su ardor en defensa de la fe. Por fin, en "recopilación y exhortación" su piadosa ira tendió las alas, y entonces le salieron los párrafos á su gusto.

—"Sí, hermanos míos— decía— muchos servicios debemos al país, á la nación, al Gobierno y las autoridades, porque no exige nuestra Santa madre la Iglesia que renunciemos en absoluto á la vida social, aunque es mejor la vida del apartamiento religioso; pero hay que andarse con cuidado en lo de la obediencia. ¡Bueno fuera que por servir los intereses de este mundo ofendiéramos al Padre, ó al Hijo, ó al Espíritu Santo, á la Santísima Virgen, ó á cualquiera de los Apóstoles

y Santos que nos han enseñado el camino de la perfección, que es como un sendero espinoso á cuyo fin hay un gran jardín, que es la gloria! Debemos ser obedientes al César, pagar contribuciones y gabelas, ser soldados y marinos para mayor esplendor de esta nación cristiana, que tan mal anda desde que vaciló en la fe: mas nuestro deber de cristianos es antes que los demás deberes. Pues qué, amados míos, ¿hemos de contribuir para que se emplee nuestro dinero contra nuestra conciencia? ¿Pediremos al Señor ánimo para el trabajo, y su fruto será para escarnecerle? ¿Queréis que sirvan nuestras riquezas ó jornales para que los gobernantes paguen suntuosos embajadores que adulen á los carceleros del Santísimo Pontífice, que apacienta el rebaño de Cristo desde su lecho hediondo de paja en un calabozo del Vaticano, antes trono de su preponderante sabiduría? ¡Nó, y mil veces nó, hermanos míos! Seamos, si es preciso, como aquellos mártires que desafiaban á los procónsules romanos, y ya sabéis que estos procónsules eran como ahora los gobernadores civiles. ¿Y hemos de ser soldados para servir de ornato y servidumbre á ministros impíos, para obedecer á sacrílegas Asambleas

que decretan la asquerosa libertad de conciencia?

¡Ah, y con cuánto dolor de corazón, con qué santa indignación los que aman á Dios oyen hablar de esas infamias! Mas la paciencia del justo es luego ira terrible, y el cordero se hace sañudo tigre, que dicen las famosas palabras del Santo.

¿Quién no teme que baje fuego del cielo sobre esta sociedad moderna? A la maldad llaman libertad, y luego, ¡ilusos! piensan vencer á los que luchan por la verdadera libertad, á los que, como nosotros, elevan su corazón al Señor. ¡Así es todo desolación y espanto por los campos! Las guerras son obras del demonio: Dios le permite que nos castigue porque somos malos y nos olvidamos de El. Y cuando esto pasa, no es impunemente: que si á la piedad se la escarnece, si á la religión se la pisotea, ¡ah! entonces ya no hay nada que dar al César, sino que hasta la sangre debe emplearse en servicio del Señor. ¿No nos da El la suya diariamente en el convite celestial, en el manjar encarástico? ¿Seríamos capaces de negarle nuestra miserable sangre?

Orad, hermanos míos, orad por los opresores sacrílegos, pero no maldigáis á los que

combaten. Nosotros tenemos sólo fe, quizá fe tibia: ellos, como quería el Apóstol, juntan las obras á la fe. Supimos los españoles expulsar al moro, desterrar al judío, vencer al turco; destruimos al protestante en Flandes; arrojamos de aquí á los franceses ateos de Napoleón; purificamos, con fuego, de herejes nuestra propia tierra, y ¿no seremos hoy capaces de sojuzgar á los que traen semilla del infierno en ese contubernio nefando que llaman matrimonio civil, en esa crápula moral que llaman libertad religiosa?

¡Qué pena, hermanos míos! ¡qué dolor! Estamos en plena Revolución; es decir, como Job en el basurero, llenos de toda suciedad. ¡Aquí es el rechinar de dientes y crujir de huesos!

La libertad de cultos, dicen los impíos, traerá capitales extranjeros, porque vendrán familias de herejes, ¡que maldita la falta que hacen! ¡Pues sabéis á lo que vendrán? á llevarse vuestro dinero, á poner fábricas en las casas que ahora se están robando á las pobres monjitas. Esta es la libertad de cultos. Ya véis, amados oyentes míos, cómo no siempre es piadoso dar de buen grado al César todo lo que parece suyo.

Sean vuestras almas del Señor para que su cólera no nos parta por la mitad, y atendámosle á El antes que á nadie. ¿A quien obedeceríais primero, á un guardian municipal, ó al Rey? al segundo, ¿no es verdad? Pues el César es el guardian municipal, y el Rey es Dios nuestra Señora, pero Rey de Reyes y Emperador de emperadores. Elevad los corazones, que tiemble la oración en vuestros labios, que se agite, como humo inquieto de fe en vuestros pechos para que el Señor nos conceda ver acabadas las podredumbres del liberalismo, la masonería, las persecuciones de la Iglesia y las desdichas de sus venerables ministros, y para que acaben las fatigas de los que luchan por la fe en cualquier terreno, porque entonces podremos gritar: *¡Pueblos esparcidos por el Universo, palmoledad, manifestad con millares de gritos de alegría la parte que tomáis en la gloria de vuestro Dios en el día de su triunfo!* Yo diré á vuestro corazón, con el Profeta: *cuasi tuba exalta vocem tuam, et anuntia populo meo scelera eorum.* Orad, y ahorraréis lágrimas á la Esposa del Cordero; haced que todo el mundo rece en vuestras casas por los que están sepultados en el profundo sueño del pecado, *dormiebat soporigras*.

vi; por los que voluntariamente se han hecho sordos á las inspiraciones divinas, *sicut aspidis surdae et obturantis aures suas*. Sí, amados hermanos míos, orad a María en todas sus advocaciones, tan buena es una como otra, todas son mejores y dulcísimas; porque si oramos, "las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia."

Mientras bajaba lentamente del púlpito estalló en la iglesia rumor de muchedumbre inquieta, y de los labios de los fieles salió un murmullo de aprobación. En seguida todos comenzaron á salir, ansiosos de sustraerse, á pesar de su devoción, á la pesada y sucia atmósfera del tiempo. Las puertas vomitaron negras oleadas de gente que, al desparramarse por las aceras, respiraba con delicia el aire puro de la noche, y en pocos momentos la ancha nave quedó vacía. Algunos exaltados elogiaban el sermón.

—Es un padre nuevo.

—No le conocía.

—Ni yo: ¡qué valiente ha estado!

—Es de los finos.

—¡Ojalá hubiera muchos así en los pueblos!

Varias personas entraron en la sacristía,

preguntando cómo se llamaba el predicador. Los capellanes de la casa comentaron el sermón de distinto modo.

—¡Muy bien, compañero, eso es poner el dedo en la llaga!

—Ha estado vd. un poquito fuerte.

—Andese con cuidado, no sea que los liberales cometan con vd. algún atropello.

El párroco calificó aquello de imprudencia.

Tirso se marchó solo, contentísimo, pisando recio, llevando alta la cabeza, como si creyera que las gentes habían de señalarle con el dedo y mirarle con asombro. En su casa no dijo nada.

Aquella noche, el nombre del padre Tirso Resmilla era conocido en todos los centros clericales de Madrid.

A los tres días, Pepe, leyendo un periódico, dió con el siguiente suelto:

"El púlpito sigue convertido en tribuna por los enemigos de las instituciones liberales. Hemos oído asegurar que en una de las principales iglesias de Madrid, se ha pronunciado anteayer un violento sermón, una verdadera excitación á la guerra civil. La opinión exige que, si el hecho es cierto, las auto

dades tomen cartas en el asunto. El clérigo que se ha propasado esta vez, parece ser el Padre R. . . . , casi desconocido, por haber llegado á Madrid hace poco tiempo. Veremos que resultado ofrece esta milésima edición de semejante atrevimiento."

Pepe comprendió que el Padre R. . . . era su hermano, y profundamente disgustado, hizo que Millán averiguase la verdad del caso preguntándolo en la imprenta de aquel periódico, y al mismo tiempo revisó cuidadosamente los demás que había de leer su padre, decidido á evitarle la desazón que pudiera acarrearle la noticia. No temía que Tirso se vanagloriase de la hazaña en su propia casa, pero podían ir á prenderle, ó acaso una fracción de la prensa insistiera en pedir su castigo.

El resultado de las gestiones de Millán confirmó la sospecha de Pepe: el regente de la imprenta donde se tiraba el diario que dió la noticia, dijo que el predicador de que se trataba era Don Tirso Resmilla, quien abandonando su curato de un pueblo del Norte, había venido á Madrid, pocos meses atrás, como persona de confianza para los elementos realistas de la diócesis á que pertenecía.

## XX I

Había en Madrid por aquel tiempo, en uno de los barrios extremos, una casa que rompiendo la línea de las fachadas contiguas, parecía apartarse del trato de las gentes. Tenía por delante un pequeño jardín con verja; aislábala por detrás un ancho patio con cuerdas y cocheras, y á derecha é izquierda la limitaban una pared medianera y fuertes tapias á una calle poco frecuentada. Formaban el jardín tres ó cuatro mezquinos recuadros de flores vulgares, las enredaderas enroscadas á la verja, y varias acacias, cuyas fornidas ramas ocultando casi por completo los balcones, oponían á la curiosidad una cortina impenetrable. Las persianas estaban continuamente caídas y las vidrieras se abrían